



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 23 DE AGOSTO DE 2020

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Quebrantos y conquistas

DECLARACIÓN DE AMOR
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Estimada señorita: Me quedo tanto tiempo sin saber de usted, que se me ahogan los pensamientos y emergen todas las dudas, todos los celos. Olvida enviarme un mensaje, una palabra, contarme de las cosas tuyas. Siento que se esconde para que yo no sepa de sus asuntos, a mis espaldas. Pienso que de pronto me miente cuando le pregunto, y entonces mi corazón rueda por el suelo, como simple esfera decapitada. Perdona que se lo haya dicho, pero es que desquicia usted mi cama solitaria, alimenta la incertidumbre de este viejo y pierdo toda noción de quién soy, hasta que se me seca el aliento.

Pero cuando usted viene a visitarme y estamos juntos un tiempo, mis ojos no hacen más que mirarle hasta incomodarla: me enorgullece estar junto a su sonrisa de niña orgullosa, a su júbilo distintivo y el brillar de su rostro. Y cuando usted mira mis ojos y encuentra ternura, ese afecto está ahí, por usted, incluso dispuesto a ser pisoteado por su partida.

Ande, subamos juntos. Despeguemos unidos desde el ojo del huracán que se forma debajo de esta silla. Cimbremos la nostalgia hasta destrozarla. Recuperemos el tiempo perdido. Démonos un beso maullándole a la luna: bajo cuya luz, distingo sus ojos de noche larga. Usted sentiría el abrigo, el escudo seguro de mi abrazo que la protegería.

Entonces, su corazón híbrido navegaría entre mis besos y sus pechos, híbridos de usted y de mí, de luz de luna incierta y oscuridad de estrellas, de silencio de los troncos y de sonido de las hojas, de aroma a piel bajo las luces de un concierto, ellos, sus pechos, se acercarían más a mi cuerpo.

Pero cuando usted habla de partir, siento que: calamidades secas se vuelven sus labios: dejan la espectacularidad del rayo electrificante, de ser la entrada al enigma húmedo de la noche. Y justo en ese instante, aparece otro latigazo: su sexo se vuelve una montaña lejana de frutos verdes, de cuantiosa lluvia que se aleja de mis labios y yo sigo, como río estéril que de pronto busca inundarse del sudor de un pájaro que asciende y canta incendiándose frente al sol.

Y más adelante, el epicentro del universo se vuelve su cuerpo. Las estrellas aterrizan en sus brazos abiertos que me esperan, y una lluvia de meteoros abraza su vientre. Soy entonces yo quien detiene el tiempo, quien se derrumba sobre su santo cielo.

No hay cabida en este mundo para el palpitar de mi corazón, que retumba contra la costra de las montañas, que se abandona al sonido de las campanas: que despiertan a los volcanes, hasta acariciar el fondo de los mares. Navego imaginariamente sobre su cuerpo desnudo, como tigre protector, dejándole un temblor intenso entre la piel.

Ahora lo sabe: usted me arrebató los suspiros como disparos de metralla.



Mi corazón se vuelve un cañón a punto de tumbar un cerro, una cabalgata de llantos escondidos, a los que les pido que no vuelvan a asomarse. En mi sueño, no quiero despedirme de sus brazos, porque las lágrimas se soltarían como lluvia mansa de semillas sobre el campo. Aunque yo sé que de ellas florecerían las más hermosas imágenes poéticas.

¿Qué dice? Yo ignoraba que usted también, de vez en cuando, piensa en mí; y que a veces padece como yo. ¿Que con frecuencia lee poemas para aliviar el sufrimiento, para distraerse: del momento en que no estamos el uno junto al otro? Yo no sabía de eso. Había escuchado de sus pretendientes. Aunque estoy agradecido porque la veo cuando viene a visitarme, ocasionalmente: la admiro aquí, sentada a mi lado, escuchando historias, aunque sea únicamente cuando satisfacen su imaginación.

Ahora sospecho, descubro, su amor: porque cuando enfermo de nostalgia, de su ausencia, vuelve usted a visitarme y trae consigo frutos en sus propias manos: fresas para mi corazón, duraznos para mi memoria y sandías para mi sonrisa. Comprendo, entonces, y solo hasta este momento, que usted también me ama. Dormiré esta noche, como golondrina que canta los más bellos sueños, adormecido por la brisa y la caricia del más grande brillo de la luna.

Señorita, debo confesar que: se ha convertido usted en una amiga, pero también en la tormenta seca de mis sueños

diurnos, en el golpeo incesante de la lluvia sobre mis párpados. Mi amor es infinito, como el poético lenguaje de las bellas artes. Mi amor es un pedazo de universo. Usted es la poesía con la que sueñan estos labios, que ahora quieren preguntarle:

¿Querría ser mi novia, mi esposa? Prometo desterrarle el sufrimiento, la angustia loca de las noches frías, las ansias frescas en las poderosas islas. Derrumbe usted este tormento, y sea esta y el resto de las noches, solo mía.

LA CARTA DE LA TÍA VIRGEN
OLGA DE LEÓN G.

Una chiquilla de dieciséis años escribía una carta que le dictaba su tía abuela. Era una carta de amor. Una carta que dirigía la adolescente a un pretendiente de más de treinta y tres años, un médico. Escribía sin deseo de hacerlo, poniendo en la hoja lo que su tía deseaba le dijera. Por qué tenía que hacerlo. Solo para complacer a una tía chapada a la antigua. La que ahora rompía sus propias reglas de etiqueta, según las cuales: una mujer no le declara, ni por asomo le deja ver su amor a un hombre, ¡jamás!

Y, con rabia contenida dejó escapar una lágrima, cual furia de yegua de pura sangre a la que pretenden domesticar para llevarla a exhibición, y con una frustración que apenas si logra disimular bajo los puños apretados y las mandíbulas tensas, como mordiendo un trozo de

carne seca que no habrá de tragar, ni masticar, ni tampoco dejará caer sobre el plato... Así, continuó escribiendo.

Y lo hizo obedeciendo la imposición de la tía abuela virgen, cuando se enteró del rompimiento de la sobrina con el novio de su misma edad.

Qué esperaría la mujer adulta: que un hombre mayor le prestara atención a su sobrina, y la pudiera ver como una mujer que ha sufrido un desengaño... Y, entonces, ¡él vendría a salvarla, montado en su negro corcel!

¡Cuánta cursilería, cuanto rebuscamiento!, escribía ahora en la novela corta que por encargo, debía entregar para la editorial dentro de dos semanas. Y con el entusiasmo de quien ama su oficio, la mujer, este tercer personaje, implante de la joven de dieciséis, siguió golpeando el teclado: "Nunca más supo aquella jovencita de la carta que le dio a su tía para que se la enviara al pretendiente de su personal gusto, un médico recién regresando del extranjero..."

Pasaron los años, corrieron los tiempos de las ilusiones, y el cielo empezó a cubrir su vida de negros nubarrones. El verdadero amor primero de la niña de los puños apretados y la carta perdida, su padre, murió una tarde muy mexicana, un dieciséis de septiembre. Y, la madre a los pocos años, muy cerca del mismo día.

...y entonces comenzó la verdadera carrera contra el viento que no dejó de soplar nunca, ni ella de correr como saeta tras las fragancias de las estaciones y los nuevos avatares que nunca la vencieron.

Un día, cuando en la vida de aquella que fue niña a los dieciséis y princesa por siempre, a pesar de los golpes y las heridas del camino no siempre blando ni sobre nubes de ensueño, cayó en sus manos un sobre con solo un nombre al frente: Dr. "X"... y el suyo, en la parte de atrás.

El sobre había sido violado cuidadosamente, abierto con una espadilla de las que en los años cincuenta se usaban para eso, abrir cartas.

No tardó en entenderlo todo: la tía nunca pretendió enviar su carta, solo buscaba entretenerse y entretener a la sobrina, para que olvidara su tristeza por el rompimiento con su novio de la misma edad; alguien no a la altura de las aspiraciones de la tía abuela, para su sobrina.

Así se fue apagando la chispa de la juventud en aquella que empezó siendo niña aún a los dieciséis, para acabar creciendo demasiado aprisa.

Tras leer el contenido de la carta que jamás llegó a su destino, ni al destinatario, la mujer ahora plena y madura, de casi cuarenta años, sonrió. Y se sintió aliviada, al saber que la carta murió no nata, sin el intercambio necesario que exige ser leída por el destinatario.

Para ella, ahora, fue una carta tonta, cursi e inservible. Finalmente, llegó al mejor lugar donde van los desposos de amor, faltos de cariño y de ilusiones, al cesto de la basura".

Fin de la novela.



Ray Bradbury

(Waukegan, Illinois, 22 de agosto de 1920-Los Ángeles, California, 5 de junio de 2012)¹² fue un escritor estadounidense de misterio del género fantástico, terror y ciencia ficción. Principalmente conocido por su obra Crónicas marcianas (1950)³ y la novela distópica Fahrenheit 451 (1953).

Bradbury nació el 22 de agosto de 1920 en Waukegan, hijo de Leonard Spaulding Bradbury y de Esther Moberg. Su familia se mudó varias veces desde su lugar de origen hasta establecerse finalmente en Los Angeles, California, en 1934. A partir de entonces, Bradbury fue un ávido lector durante toda su juventud, además de un escritor aficionado.

Se graduó de Los Angeles High School en 1938, pero no pudo asistir a la universidad por razones económicas. Para ganarse la vida, comenzó a vender periódicos de 1938 a 1942. Además, se propuso formarse de manera autodidacta pasando la mayor parte de su tiempo en la biblioteca pública leyendo libros y, en ese mismo momento, comenzó a escribir sus primeros cuentos. Sus trabajos iniciales los vendió a revistas, y así, a comienzos de 1940, algunos de estos fueron compilados en Dark Carnival en 1947. Finalmente, se estableció en California, donde residió y continuó su producción hasta su fallecimiento.

Escribió cuentos y novelas de diversos géneros, desde el policial hasta el realista y costumbrista, pero se le conoce como un escritor clásico de la ciencia ficción por Crónicas marcianas (1950) que cuenta sobre los seis primeros viajes hacia Marte y su posterior colonización.

También trabajó como argumentista y guionista en numerosas películas y series de televisión, entre las que cabe destacar su colaboración con John Huston en la adaptación de Moby Dick para la película homónima que este dirigió en 1956. Además escribió poemas y ensayos.

Existió un asteroide llamado (9766) Bradbury en su honor.

En 1947, se casó con Marguerite McClure (1922-2003), con quien tuvo cuatro hijas, Bettina, Alexandra, Susan y Ramona.

Murió el 5 de junio de 2012 a la edad de noventa y un años en Los Angeles, California. A petición suya, su lápida funeraria, en el Cementerio Westwood Village Memorial Park, lleva el epitafio: «Autor de Fahrenheit 451».

ad pédem literae

"La naturaleza nos ha dado las semillas del conocimiento, no el conocimiento mismo."

Séneca

Letras de buen humor

"Muchos jueces son incorruptibles, nadie puede inducirlos a hacer justicia."

Bertolt Brecht

Elmer Mendoza

Alberto Chimal y una ciudad arrasada

Hay escritores que tienen el instinto premonitorio muy desarrollado y es lo que deja ver Alberto Chimal en su novela La noche en la zona M, publicada por el Fondo de Cultura Económica, en México, en 2019. Nos cuenta el estado de destrucción en que se encuentra la Ciudad de México en el siglo XXII, una verdadera ruina dividida en pequeños estados de poder, gobernados por violentos dictadores respaldados por una tropa de efectivos idiotizados, donde han desaparecido la educación, la industria, la cultura y millones de habitantes; subsiste en ella una sociedad donde todos mueren jóvenes y no es posible aspirar a nada. La parte donde se desarrolla la novela es el Centro, que tiene un fuerte donde viven los personajes de esta historia. También menciona lugares como Xoco, Lindavista, Chapu, Azcapotzalco, Neza, La Ciudadela, Indios verdes y calles como el Eje Central, Bucareli, Río Churubusco, Vizcaínas y algunas más. La zona más peligrosa es la M, habitada por seres de pesadilla.

Alberto Chimal, que nació en Toluca, México, en 1970, es el mejor autor mexicano que desarrolla universos de ciencia ficción y anticipación. Además es uno de los escritores que más trabaja con niños y jóvenes en la promoción de la lectura y

en abrir puertas a la imaginación: la amistosa de la casa. Aparte de los elementos de reflexión que contiene esta novela, que señala lo que pasa con las instituciones educativas, científicas y de promoción de la cultura cuando les retiran el financiamiento, cuenta una subyugante aventura donde Sita, una joven que acaba de salir de la pubertad; su abuela Lucina; una ingeniera en electrónica; Plebe, su mejor amiga; el Sombra, el chico que le gusta, y Celeste huyen del Fuerte porque para ella es imposible continuar viviendo allí, ¿por qué? No me atrevo a revelarlo, y me parece mejor que ustedes descubran la situación que debe enfrentar esta chica de carácter fuerte, que pelea un día sí y otro también con su abuela, que es la encargada de proyectar películas rescatadas a la tropa y a las mujeres, que no deben ver las mismas, que poco sabe de sus padres asesinados y tiene una profunda amistad con Celeste, alguien que ustedes apreciarán y también desearán tenerla cerca en los momentos complicados de la vida moderna.

Chimal trabaja tres partes: la primera es la huida del Fuerte, la segunda es la descripción de los días previos en que cuenta cómo es la vida en ese lugar, cómo están organizados, qué comen, las relaciones amorosas, la religión, la fiesta,



como llaman a toda la información del pasado que guardan almacenada en computadoras, un mercadillo que funciona en la antigua calle República de El Salvador, donde trabaja un señor que consigue casi todo, desde discos de vinilo aunque no hay tocadiscos, hasta miel de abeja que nadie sabe dónde se produce, a la que por cierto, Sita es aficionada. Por supuesto, el Jefe es omnipotente y nadie se atreve ni siquiera a pensar que tenga una debilidad. Durante varios días asistimos a la

vida en esta zona de una ciudad devastada, hasta que llega el momento en que no tienen más opción que escapar. Lucina y Celeste tienen tiempo ideando un plan y reconocen que llegó el momento de ponerlo en práctica. La tercera parte de La noche en la zona M es una continuación de la primera, cuando buscan llegar a un punto donde la abuela espera que sean bien recibidas. Sé que después de leer esta novela querrán mucho más a Alberto Chimal.

Me cae sí no.